



El lenguaje secreto

ANNA MANSO

El lenguaje secreto

Ilustraciones de Maria Espluga

edebé

Título original: *El llenguatge secret*

© Anna Manso, 2021

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent

© Ilustraciones: Maria Espluga, 2021

© Traducción: Gemma Domingo

© Ed. Cast.: Edebé, 2021

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia

Coordinación de producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño de la colección: Book & Look

Primera edición, septiembre 2021

ISBN: 978-84-683-5361-6

Depósito legal: B. 10142-2021

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Para Jana E. la valiente, la de gran corazón.

*Para Tere, mi madre. La memoria es frágil.
El amor es indestructible.*

*Para Assun que me descubrió su tierra,
el Matarraña.*

Índice

Capítulo uno	9
Capítulo dos	23
Capítulo tres	37
Capítulo cuatro	51
Capítulo cinco	65
Capítulo seis	79
Capítulo siete	89
Capítulo ocho	101
Capítulo nueve	115
Capítulo diez	131
Capítulo once	141
Capítulo doce	155
Capítulo trece	167
Capítulo catorce	185

Capítulo uno

Dicen que hacerse mayor significa dejar de creer en la magia, y no es verdad. Tengo casi once años y hace poco, gracias a la magia, pude hablar el lenguaje de los animales.

Hasta ahora siempre me había interesado más la tecnología que la magia. Y es normal, porque soy una niña cíborg.

Nací sorda, pero sorda sorda, pues no habría oído la explosión de un volcán ni estando en el mismísimo cráter. De pequeña me operaron dos veces, una en cada oído, y me instalaron chips y cables. Gracias a ellos y a los dos pequeños aparatos que llevo detrás de la oreja, los implantes, puedo oír y he aprendido a hablar. Y a pesar de que todavía hay alguna cosa que me cuesta un poco, como aprender idiomas (aunque puedo hacerlo y saco bue-

nas notas en Inglés) o entender algunas palabras o frases, que me han de repetir porque no las he oído bien, hago vida normal.

Cuando mis padres me oyen decir la palabra «ciborg», se molestan y me responden que no hablo con exactitud, pero yo creo que sí, porque si llevo chips en la cabeza es que lo soy. A mí me gusta decirlo y ver cómo la gente disimula su sorpresa y pone cara como de haberse atragantado con un chicle y probaran a tragárselo. Todos menos la señora Antonia, la vecina de nuestro rellano, que tiene noventa años. Ella siempre ha hablado con normalidad de mis implantes, como si fueran los bráquets que luce medio colegio. Mi familia también, claro, pero mi familia no cuenta. Y ahora también Selma, mi primera mejor amiga. A ella no le importa que sea sorda ni que mi nombre sea de persona mayor.

Me llamo María Teresa, y al principio no estaba muy segura de que me gustara mi nombre. Me sonaba extraño y pasado de moda; *vintage*, como dice Carla, mi prima. Hasta que

mi padrino Alfredo, que tiene un nombre igual de antiguo que el mío y que se ha leído más de cinco mil libros, me dijo que nuestros nombres están en peligro de extinción y que las niñas como yo tenemos una misión: salvarlo.

Mamá dice que mi nombre es muy práctico. Que cuando yo era pequeña y me perdía de vista en un centro comercial o en la playa, le bastaba con un grito: «¡María Teresaaaa!». Así, con muchas aes, tantas que el grito le duraba unos treinta segundos, y con una voz que casi tenía el poder de paralizarme. Yo, entonces, la oía y sabía que me estaba llamando a mí. Porque era la única María Teresa en trescientos kilómetros a la redonda.

También papá decía que mi nombre es muy práctico, porque hasta el año pasado él era el encargado de marcar toda mi ropa y lo hacía con rotuladores permanentes, aunque fuese un poco cutre. Decía que pegar una etiqueta adhesiva con la plancha era demasiado trabajo y se quemaba los dedos, y además solo tenía que escribir mi nombre, «María Teresa»,

ya que soy la única niña que se llama así en todo el colegio. Y puede que en el planeta.

La tarde que comenzó todo no pensé ni en mi nombre, ni en los implantes, ni en nada que no fuera lo que me acababan de decir mis padres: que no podría pasar el fin de semana con Selma, ni ir de acampada con la furgoneta de su padre y dormir en la montaña, ni mear entre los pinos, ni cenar rollitos de salmón, ni aprender a identificar a los pájaros (porque Nils, el padre de Selma, se conoce todas las aves de Suecia, que es de donde es él, y también las de aquí, que algunas son iguales y otras no).

En lugar del fin de semana con Selma y Nils, me tocaría ir a la comida de cumpleaños de mi abuelo Luis con mis dos hermanos pequeños, mis primos pequeños y mis primos mayores. No tengo ningún hermano ni primo de mi edad, y las reuniones familiares son un aburrimiento. El cumpleaños debía celebrarse la próxima semana, y ya me había hecho a la idea. Iría, me aburriría, y cumplea-

ños del abuelo concluido. Pero por culpa de uno de mis primos mayores, que tenía un viaje de trabajo importantísimo, habían adelantado la comida de cumpleaños del abuelo y yo tenía que aguantarme. Lo encontré horrible. Hacía semanas que Selma y yo hablábamos de cuando fuéramos con su padre. Es piloto de avión y está poco en Barcelona, pero, cuando está, se lleva a Selma con la furgoneta y hacen muchas excursiones. Los padres de Selma están divorciados y ella vive con los dos, ahora con uno, ahora con otro. Y no tiene hermanos. Ni mayores, ni pequeños. Ya sé que no debería desearlo, porque dicen que el divorcio es un asco y que tener hermanos es una suerte, pero aquel día la vida de Selma me pareció maravillosa. No como la mía.

Por eso, cuando mis padres me dijeron que ni hablar de la furgoneta ni de Selma y Nils, sentí como si tuviera una bomba en la cabeza a punto de estallar y, para que no explotara, solté lo primero que se me ocurrió:

—¡Ahora vuelvo!

Salí de casa dando un portazo que sonó como un trueno de lo enfadada que estaba.

Una vez fuera, me quedé plantada en el rellano sin saber adónde ir. Noté que mis ojos se convertían en dos grifos, y subí instintivamente los peldaños, me senté en el piso de arriba, que es el último y da a la puerta de la azotea, que siempre está cerrada con llave, y empecé a llorar sin hacer ruido. O eso creí, pero debí de hacer ruido porque la señora Antonia me oyó al salir del ascensor. En lugar de entrar en su casa, subió las escaleras poco a poco (que tendrá noventa años, pero puede subirlas, porque es delgadita y ligera como una pluma), y me encontró.

—¿Qué haces aquí, dulce pardalillo?

Quizá porque la señora Antonia me pilló por sorpresa, o porque me llamó eso tan raro, o porque siempre me ha caído bien, o porque estaba yo demasiado triste, el caso es que le solté todo lo que me pasaba. Ella me tendió la mano.

—¡Venga, vamos! Este no es sitio para hablar. Ya estoy mayor y necesito sentarme.



Me levanté y la seguí escaleras abajo mientras notaba su mano caliente, con la piel suave como la seda y los huesos finos como los de los pájaros que estudia el padre de Selma. Y por primera vez en la vida me dijo que entrara en su casa. Nos sentamos a la mesa del comedor y me invitó a merendar cerezas. Yo me las iba comiendo y miraba a mi alrededor con curiosidad. Por todas partes había fotos tuyas con su hijo y sus nietos, y con Francisca, la señora que la cuida y que está con ella hasta después de comer. Los conozco a todos de decirnos hola y adiós, aunque hasta ese día no había entrado en su piso. Estaba tan triste que ni me lo pensé. Pero se estaba tan bien allí, se respiraba un olor a colonia de lavanda tan delicioso, que me relajé y le confesé que envidiaba la vida de Selma. Ella no me riñó. Al contrario. Parecía muy preocupada por mí.

—¿Por qué estás tan disgustada? Ya entiendo que es una lata tener que ir con la familia en vez de con esa amiga, pero ya irás otro día.

Cuando quise explicarme, no pude. Esta vez los ojos se me quedaron secos, los grifos cerrados, y mi garganta parecía un congelador lleno de palabras heladas dentro. La señora Antonia volvió a agarrarme con su mano, que seguía caliente como una galleta recién hecha, y poco a poco se deshizo el hielo. Con un hilo de voz, le dije lo que me sucedía:

—Me ha costado mucho tener una amiga como Selma. Una amiga de verdad. No una amiga para jugar o para hacer trabajos juntas. Quiero decir una amiga que te invite a su casa y con la que nos contamos secretos.

—¿Y los otros niños y niñas?

Me encogí de hombros. Y le expliqué que a los otros niños y niñas les caigo bien, pero nunca me han invitado a dormir en sus casas, solo a merendar alguna vez. Quizá porque soy tímida. O porque a veces tienen que repetirme lo que dicen porque no lo he oído bien, y se les hace pesado. O quizá porque les preocupa que pueda perder los implantes, que valen

una fortuna, y ellos, o tal vez sus padres, no quieren arriesgarse. Vete a saber. En cambio, Selma no. Selma y su madre, Natalia, enseguida me invitaron a su casa y me he quedado a dormir allí. Y Nils me prometió que me llevaría con la furgoneta arriba y abajo. Hace poco que Selma viene a mi colegio, porque se mudó de casa. Llegó hace tres meses y nos hicimos amigas en cuanto la sentaron conmigo. Y por una vez en la vida tenía un plan increíble, fantástico, especial, un plan con mi primera mejor amiga, un plan que se había ido al traste.

La señora Antonia no dijo nada mientras yo le explicaba todo lo que me consumía por dentro. Hasta que comenzó a reírse bajito y sus cabellos blancos y ensortijados se movieron como si tuvieran cosquillas.

—¡Ah, pues tendrás que madrugar!

—¿Qué quiere decir?

—¿No lo sabes? ¡Ay, Señor, pues sí que eres un pardalillo, sí!

—¿Qué es un pardalillo?

—Un gorrioncillo. Así los llamamos en mi pueblo. Y si quieres, ahora te cuento lo que has de hacer.

Y lo que me dijo me dejó con la boca abierta. De hecho, pensé que se había vuelto loca, que me decía una tontería de vieja que choschea, y le seguí la corriente.

—¿No sabes lo que pasa de vez en cuando en el cielo de Barcelona?

—No...

—Hay madrugadas en las que sale el sol y la luna aún no se ha ido. Se abre entonces un pequeño resquicio para la magia, y puedes pedir un deseo.

—Y se cumple.

—A veces sí, a veces no. Pero se ha de intentar, ¿no crees?

—¿Puedo pedir no ser sorda?

—No. En temas de salud, es mejor confiar en la ciencia. Y tampoco puedes pedir que te quiera alguien. Las personas han de hacer lo que quieran, en el amor y en las amistades. Pero puedes pedir que ocurran cosas. Piensa

cuál quieres que te pase, y ya me contarás.

Yo lo tenía clarísimo. Quería irme de fin de semana con Selma y Nils, pero lo que acababa de contarme la señora Antonia no tenía ni pies ni cabeza. De repente, la escena me resultó extrañísima. ¿Qué hacía yo allí, explicándole mi vida a mi vecina de noventa años? Casi no habíamos hablado hasta entonces, solo en el rellano, en la portería o en el ascensor. Y sí, nos caíamos bien y simpatizábamos, yo la encontraba maja, vivaracha y diferente, aunque pareciese una señora mayor como otras. Solo que los ojos le brillaban como la luna y, cuando sonreía, el corazón te calentaba como el sol. Y ahora, como si me hubiera leído el pensamiento, me salía con la luna y con el sol, y tonterías de encantamientos de madrugada. «¡Qué disparate!», me dije.

Me despedí de la señora Antonia y regresé a casa. Mis padres no me preguntaron dónde había estado ni dijeron nada de mi cara de haber llorado, pero a la hora de cenar pidieron a Tomás y a Nieves, mis dos hermanos

pequeños, de siete y cinco años, que parasen de chincharme y me dejaran en paz.

Cuando me metí en la cama, pensé de nuevo en lo que me había contado la señora Antonia y en las ganas que tenía de irme con Selma. Yo no creía en la magia, pero estaba tan desesperada que decidí que pondría el despertador supertemprano y lo probaría.